

La Guerra Fría en el marco de las Relaciones Internacionales

María Delicia Zurita

IRI (Instituto de Relaciones Internacionales). Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales
mariadeliciazurita@hotmail.com

Director: Alejandro César Simonoff Codirector: -----

IRI (Instituto de Relaciones Internacionales). Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

Resumen

A mediados del Siglo XX se configuró un nuevo orden mundial que reformuló el campo de las Relaciones Internacionales, produciéndose el paso de un mundo multipolar a un mundo bipolar. Los protagonistas de este nuevo escenario eran dos superpotencias que se definían por oposición: Estados Unidos y la Unión Soviética.

Durante un lapso de aproximadamente cuarenta y cinco años ambas potencias mantuvieron un enfrentamiento a tal punto que tanto ellos como el resto del mundo debían definirse como capitalistas o comunistas. Mientras existió el conflicto, la Guerra Fría delineó el rumbo de la política internacional.

El presente trabajo tiene por objeto realizar un breve esbozo sobre el desarrollo del proyecto de investigación que se está comenzando a analizar. Este proyecto tiene dos dimensiones: una general, que comprende la Guerra Fría en el marco de las Relaciones Internacionales, y otra particular, que concierne al papel que el Tercer Mundo ocupó durante el conflicto y al lugar que éste tuvo luego de su finalización, con la caída del bloque soviético.

Palabras claves:

Guerra Fría, Relaciones Internacionales, Nuevo Orden Mundial, Tercer Mundo.

Introducción

Durante cuarenta y cinco años el constante enfrentamiento de las superpotencias surgidas de la segunda guerra mundial, Estados Unidos y la URSS, convirtió al mundo en escenario de potenciales batallas futuras: la denominada “*Guerra Fría*”. [HOBSBAWM, 1998, 230]

Por estos años, en el campo de las relaciones internacionales, se produjo el traspaso de un mundo multipolar a un mundo bipolar, el cual se caracterizó por la permanente amenaza de los dos polos de poder que constituían este “nuevo orden mundial”.

En este contexto de confrontación ideológica, se era capitalista o comunista; los diferentes países del denominado “Tercer Mundo” se reconocían dentro de uno u otro de los bandos en particular, pasando a ser territorios periféricos en los cuales se desarrollaba verdaderamente esta “guerra”. La Argentina, como la mayoría de los países del Bloque Occidental, estaba bajo la influencia del primero de los sistemas.

Para el común de los investigadores, salvo algunas excepciones¹, este enfrentamiento bipolar tuvo lugar hasta la disolución del bloque soviético, cuando se vivió una época de grandes cambios en el campo de las Relaciones Internacionales. La “victoria” del capitalismo sobre el comunismo trajo aparejadas varias consecuencias en el ámbito mundial. Con la caída de la URSS, Estados Unidos gozó del monopolio que le confiere ser “la única gran potencia” y se convirtió en el abanderado del capitalismo y en el promotor de genuinas políticas de dominación global que son dignas de ser consideradas de una ilimitada ambición. Parafraseando a Eric Hobsbawm, esta conducta de la política norteamericana puede denominarse “la megalomanía estadounidense”. [HOBSBAWM, 2007, 37]

¹ Halliday, Fred. “ Los finales de la Guerra Fría” en Blackburn, Robin (comp.) “Después de la caída”. Barcelona. Crítica. 1993. “ La afirmación de que la guerra fría ha terminado es, por tanto, una afirmación ambigua que depende del sentido en el que se utilice el término...”. P. 81.

Es en este contexto que la presente investigación pretende hacer un análisis en dos dimensiones: una general, acerca de los que cambios que sufrieron las Relaciones Internacionales durante el transcurso de la segunda mitad del siglo XX en plena Guerra Fría y otra particular, respecto del papel ocupado por el Tercer Mundo en este período.

Los vaivenes de la Guerra Fría y su impacto en el Tercer Mundo

Se tomará como punto de partida la clasificación que Fred Halliday realiza sobre la Guerra Fría. Siguiendo la misma se puede decir que este período se divide en cuatro etapas centradas en el análisis de la relaciones Estados Unidos- URSS: 1, la *Primera Guerra Fría* (1946- 1953); 2, el período de *antagonismo oscilatorio* (1953-1969); 3, *distensión* (1969- 1979); y por último, 4, la *Segunda Guerra Fría*, desde 1979 en adelante.

Las características más significativas de estas etapas son:

Fase 1: “Primera Guerra Fría”: Durante esta etapa ni el este ni el oeste pudieron predominar uno sobre el otro, de modo que su desenlace quedó inconcluso debido a la paridad de fuerzas en ambos lados.

Fase 2: “Antagonismo Oscilatorio”: A este período el autor lo sitúa entre la Primera Guerra Fría, caracterizada por una confrontación estática y el período de distensión, esencialmente de negociación.

Fase 3 :“Distensión”: Durante la misma, las tensiones no revisten mayor importancia y puede observarse un aflojamiento de la puja Este- Oeste. Esta se reflejó en una marcada reducción de la carrera armamentista y en una tendencia a la tolerancia del “otro”² orden social.

Fase 4: “Segunda Guerra Fría”: Esta etapa estuvo signada nuevamente por una fuerte tendencia ideológica que giraba en torno de considerar al enemigo como una amenaza para toda la humanidad. [HALLIDAY, 1984,23].

Una clara diferencia entre la Primera y la Segunda Guerra Fría radica en que esta última careció completamente de todo tipo de negociación y no hubo discusión acerca del control de armamentos. A su vez no se puede dejar de resaltar que Estados Unidos, específicamente en la etapa de la Segunda Guerra Fría, redujo su política exterior y la de sus aliados a la confrontación más de tipo pragmático y no tanto ideológico contra la URSS. La amenaza ya no era el comunismo en sí, sino la Unión Soviética como tal.

Sin embargo, uno de los contrastes más notorios entre las dos Guerras Frías lo constituyó la nueva perspectiva que Europa tomaba en el escenario mundial: ahora el Tercer Mundo se perfilaba como el nuevo lugar en disputa.

Paul Kennedy explica esta diferencia de la siguiente manera: “la segunda característica importante de la Guerra Fría fue su continua escalada lateral desde Europa hacia el resto del mundo. Por consiguiente, era sumamente improbable que las disputas de Rusia con Occidente sobre problemas europeos quedasen geográficamente limitados a este continente, especialmente porque los principios que se discutían eran de universal aplicación: autogobierno contra seguridad nacional, liberalismo económico contra planificación socialista, etc. Más importante aún, la propia guerra había causado un enorme grado de turbulencia por la situación mundial de 1945”. [KENNEDY, 1994,594].

² Utilizamos el concepto de “otro” en el sentido antropológico del término, es decir, el contrario es visto como ajeno, extranjero, distinto tanto a nivel cultural como histórico y por eso mismo en ciertos aspectos temido. Esto se ve claramente en el recelo de una “propagación del comunismo” hacia el orden occidental.

El papel atribuido al Tercer Mundo durante la Segunda Guerra Fría, no constituye un hecho aislado, sino más bien algo planificado de manera tácita por ambas superpotencias. No estaba todo dicho, ambos bloques iban por más: el tercer mundo. Nada podía quedar librado al azar.

Buchrucker, Dawbarn, Saborido y Ferraris, consideran apropiado para el estudio de la Guerra Fría una dimensión que puede situarse en torno a dos ejes: a) horizontal, definido por el orden bipolar que se manifestó en el desafío competitivo de Estados Unidos y la Unión Soviética y el control de las mismas sobre sus respectivas áreas de influencia; b) perpendicular, definido por el proceso de descolonización y la reubicación en el orden mundial de las nuevas naciones emergentes. Aportan un elemento novedoso al indicar que el entrecruzamiento entre ambos ejes da origen al conflicto norte-sur en el cual se desarrollarán los escenarios “calientes” de la Guerra Fría. [BUCHRUCKER, DAWBARN, SABORIDO, FERRARIS, 2001,521]

En cuanto al Tercer Mundo (África, Asia y América Latina), según los autores, no pueden considerarlo como una estructura coherente debido a su heterogeneidad sino que lo suponen como una categoría analítica con algunos rasgos compartidos como su conflictividad interna y las pretensiones de algunas elites oligárquicas o militares.

Tanto Eric Hobsbawm como Paul Kennedy coinciden en que en los setenta acontecen cambios importantes en el esquema bipolar. Si bien ambos bloques mantenían sus zonas de influencia, no se gestaba un verdadero choque abierto de sus Fuerzas Armadas que implicara una guerra, sino más bien un intento por parte de las mismas de continuar manteniendo la hegemonía dentro de sus bloques. “(...) y en contra de la ideología y de la retórica de Guerra Fría, habían actuado partiendo de la premisa de que la coexistencia pacífica entre ambas era posible.” [HOBSBAWM, 2005, 232].

Ni Estados Unidos ni la URSS eran los de años atrás. Ya no conformaban dos bloques monolíticos. Moscú sufría el desequilibrio de su poder dentro del Partido Comunista por el pujante surgimiento de la influencia china. Esto se evidenció en la Asamblea de Partidos Comunistas mundiales de 1960, celebrada en Moscú. Se sumaba a esta idea de resquebrajamiento de ambos bloques, la campaña de De Gaulle en contra de la “auto adjudicada” hegemonía norteamericana en Europa Occidental.

Alejandro Simonoff agrega a las conclusiones de Hobsbawm y Kennedy un análisis interesante. Según el autor durante los setenta, lentamente se pasa de un esquema rígido, en el que prácticamente en todos los conflictos mundiales las dos superpotencias estaban involucradas a otro en el que ambos bandos van a tratar de participar en diferentes conflictos que no necesariamente debían responder a la lógica del esquema este-oeste. Por ejemplo, en los procesos de descolonización se observa cómo las potencias juegan en algunos de los bandos; esto puede divisarse claramente a partir de la década del sesenta en donde los soviéticos apoyan a los movimientos de liberación y los norteamericanos a las antiguas potencias coloniales [SIMONOFF, 2000,101].

La política exterior de Estados Unidos combinaba las doctrinas de la *seguridad nacional* con la de las *fronteras ideológicas*; según esta teoría, si el enemigo ideológico estaba dentro de las fronteras geográficas, se justificaba combatirlo militarmente. Así es como en la praxis la fuerza norteamericana se hizo sentir en los casos de la Revolución Cubana (1961) y Santo Domingo (1965). La respuesta de América Latina no tardó en hacerse sentir; se dividió el hemisferio entre los partidarios de la intervención –militar inclusive- en Cuba y los sostenedores del principio de No Intervención en los asuntos internos de otros estados que entendían que se trataba de un problema entre Cuba y Estados Unidos. Entre los primeros estaban los países del Caribe, Centro América y Colombia. Y entre los segundos figuraban México, Brasil, Chile y la Argentina (salvo el sector militar).

En síntesis, podemos afirmar que los problemas hemisféricos para Estados Unidos en esta etapa no constituían un ambiente de relaciones meramente formales, sino que pasaba a crear un ámbito

más amplio en el cual se basaba su política exterior. A través del continente podría llegar a instaurar “líneas de acción” que le sirviesen para reafirmar su poderío dentro de su esfera de influencia.

En los años ochenta se dan dos cuestiones de suma importancia, por un lado comienza la paulatina integración del mundo soviético a la economía mundial, y por otro, las propias necesidades de esa integración hacían que en la URSS se produjeran cambios dentro de su estructura. Como lo indica Simonoff, la URSS se beneficia con la crisis petrolera la cual le permite tener muchas ganancias por la exportación de petróleo hacia occidente, a su vez se plantea un cambio en su forma de producción, la economía planificada soviética era un modelo extensivo, es decir un sistema que despilfarra recursos humanos y naturales. Esta forma de producción hizo que se llegara a un techo, en cuanto a un límite de crecimiento, que no podía traspasar. [SIMONOFF,2000,102]

En esta situación la economía soviética se encontraba entre la espada y la pared y fue Gorbachov quien tuvo que solucionar este dilema. Tenía dos opciones, seguir con la ejecución de la economía planificada bajo un sistema extensivo lo que implicaría un descenso considerable del crecimiento o se pasaba a un sistema intensivo incorporando tecnología y capital, a fin de seguir siendo una economía competitiva para el resto del mundo. Optó por la segunda opción y en esto consistió básicamente la Perestroika.

Del otro lado, en el Bloque Occidental la economía norteamericana tuvo mayor capacidad de adaptación ante los distintos sucesos del acontecer mundial. A partir de la crisis del petróleo flexibiliza su modelo de desarrollo y empieza a tener una gran cooperación con el capital internacional. Esta situación funciona como el principal agente para la adecuación a las exigencias del nuevo mercado mundial. A esto hay que sumarle el cambio de política estratégica hacia el bloque soviético que con la asunción de Reagan toma una naturaleza más agresiva que se representa en lo que se conoce como “la guerra de las galaxias”. Esta última consistía en crear un escudo en el espacio con satélites para impedir que los misiles soviéticos llegaran a Estados Unidos.

En este contexto se conformaba una competencia de una naturaleza cada vez mas desigual en la que los Estados Unidos iban aumentando su poderío a nivel mundial mientras que la URSS por el contrario cada vez se iba hundiendo más, perdiendo a sus satélites, disolviendo el Pacto de Varsovia en 1989 con la unificación alemana y finalmente disolviéndose como Estado en 1991.

Mientras tanto los países del Tercer Mundo trataban de integrarse en el mercado mundial, pidiendo créditos para su modernización que les fueron muy difíciles debido a las altas tasas de interés que impuestas por los organismos financieros internacionales. Para el otorgamiento de estos préstamos, estos últimos van a exigir la estabilidad monetaria, un ajuste estructural en la economía y el crecimiento de las exportaciones como eje por el cual los Estados de los países tercermundistas debían “encarrilar” sus políticas.

En opinión de Alejandro Simonoff, en los países subdesarrollados estas exigencias trajeron aparejado un debilitamiento del Estado- Nación, fuertes presiones regionales y una fuerte polaridad social donde la brecha entre ricos y pobres se incrementaba día a día. Por un lado, se puede observar un fenómeno de fragmentación de los espacios nacionales; por el otro, comienza una etapa en la cual se van a crear diversas organizaciones que marcan un camino hacia la integración regional [SIMONOFF, 2002,107].

Hay un consenso entre los analistas internacionales cuando señalan como sucesos indiscutidos de las postrimerías del siglo XX a la caída del Muro de Berlín, la desaparición del sistema socialista en la Europa Central y Oriental y la desintegración de la Unión Soviética. Estos acontecimientos constituyeron el basamento para poner fin a cuatro décadas de competencia intersistémica. Pero en lo que no concuerdan es en los agentes que propiciaron el cambio ni en los dispositivos sobre los cuales se está gestando esta reconfiguración planetaria.

Hobsbawm y Halliday reparan en la necesidad de poner un freno a las ambiciones hegemónicas ilimitadas que en la actualidad tiene Estados Unidos. Hasta la caída del bloque soviético el “comunismo” era ese freno. En concordancia con estos autores se considera que el fin de la Guerra Fría tiende a fragmentar el proceso de toma de decisiones debido a la desaparición de lo que fue el eje en el cual se estructuró la política exterior norteamericana: la contención del comunismo.

Para Alejandro Simonoff, “el mundo que heredamos de la Guerra Fría es un mundo singular y caótico” debido a la gran cantidad de conflictos que se suscitaron en tan corto tiempo. Entre ellos, la incierta situación de los países que se descolonizaron al finalizar la Segunda Guerra Mundial. [SIMONOFF,2000,97]

Siguiendo esta cuestión que plantea Simonoff, a principal línea de investigación que enmarcará este proyecto de Beca de iniciación, será dilucidar cual es el papel del Tercer Mundo en el nuevo orden internacional que comenzó en 1991.

Consideraciones finales:

Varios autores manifiestan que el nuevo orden internacional es de naturaleza unipolar, haciendo alusión al poderío estadounidense. Este trabajo desmitifica esta teoría y en cambio propone pensar que hoy vivimos en un orden internacional uni- multipolar. Estados Unidos no está solo, sino que apoya sus políticas en un sinnúmero de organizaciones internacionales (Consejo de Seguridad, la ONU, la OTAN, el FMI) para poder llevarlas a la práctica. Como lo indica Hobsbawm, Estados Unidos necesita aliados aunque sea por el hecho de la existencia de bases militares en el extranjero...

Hasta aquí se han expuesto algunas de las principales consideraciones teóricas de la temática a tratar. Se espera dar respuesta en el transcurso de la investigación a todos los interrogantes anteriormente planteados.

Bibliografía consultada:

BUCHRUCKER, Cristian; ARÓSTEGUI, Julio, SABORIDO, Jorge y FERRARIS, Carolina. “Un siglo de guerras y revoluciones”. El mundo contemporáneo: Historia y problemas en Buchrucker, C; Aróstegui, J. y Saborido, J. (comp). Barcelona, Biblos, Crítica, 2001.

HALLIDAY, Fred. “Los finales de la Guerra Fría” en Blackburn, Robin (comp). Después de la caída. Barcelona. Crítica. 1993.

Génesis de la Segunda Guerra Fría. México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Las Relaciones Internacionales en un mundo en transformación. Madrid, Los libros de la Catarata. 2002.

HOBSBAWM, Eric. El siglo XX. Buenos Aires, Crítica, 1998.

Entrevista sobre el siglo XXI. Barcelona, Crítica, 2000.

Guerra y paz en el Siglo XXI. Barcelona. Memoria. Crítica. 2007

“La megalomanía estadounidense” en Revista Ñ, Buenos Aires, Clarín, 2005.

KENNEDY, Paul. Auge y caída de las grandes potencias. Madrid, Plaza Janés, 1990.

Hacia el siglo XXI. Madrid, Plaza Janés, 1992.

RUSSELL, Roberto. “Cambios y continuidades en las Relaciones Internacionales” en Revista SELA N° 47. Caracas, Julio- setiembre 1996.

SIMONOFF, Alejandro. “Las raíces del nuevo orden internacional en Revista del IRI N° 19. La Plata, 2000.